



MARÍA EMILIA
UNDURRAGA

Investigadora del Centro de Políticas Públicas,
Universidad San Sebastián

Desafíos del campo chileno: alimentación, calidad de vida rural y sustentabilidad

En 2015 los países de la ONU fijaron 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), entre los que cuenta el ODS2, «Hambre Cero», cuyo propósito es erradicar el hambre, lograr la seguridad alimentaria, mejorar la nutrición y promover la agricultura sustentable. Sin embargo, el hambre y la inseguridad alimentaria han aumentado, afectando hoy a una de cada diez personas a nivel mundial.

Cambio climático, pandemia, conflictos internacionales e inestabilidad económica son algunos de los factores que explican parte de esta situación. Es así que pensar en los desafíos que tiene el campo chileno no solo debe llevarnos a lo local, que por cierto es prioritario, sino que también conectarnos con estos retos mundiales, donde nuestro país puede jugar un rol relevante, aportando al bienestar actual y futuro de las personas y la naturaleza.

Para enfrentar este escenario, la mirada sectorial tiene que renovarse. La realidad nos ha mostrado que es necesario integrar a los distintos actores que influyen en esta cadena con un gran propósito, que es alimentar a las personas, y equilibrar en los distintos análisis las variables económicas, sociales, ambientales y culturales para un desarrollo sustentable de la actividad.

Para lo anterior, es importante poner en el centro a los protagonistas, los y las agricultoras

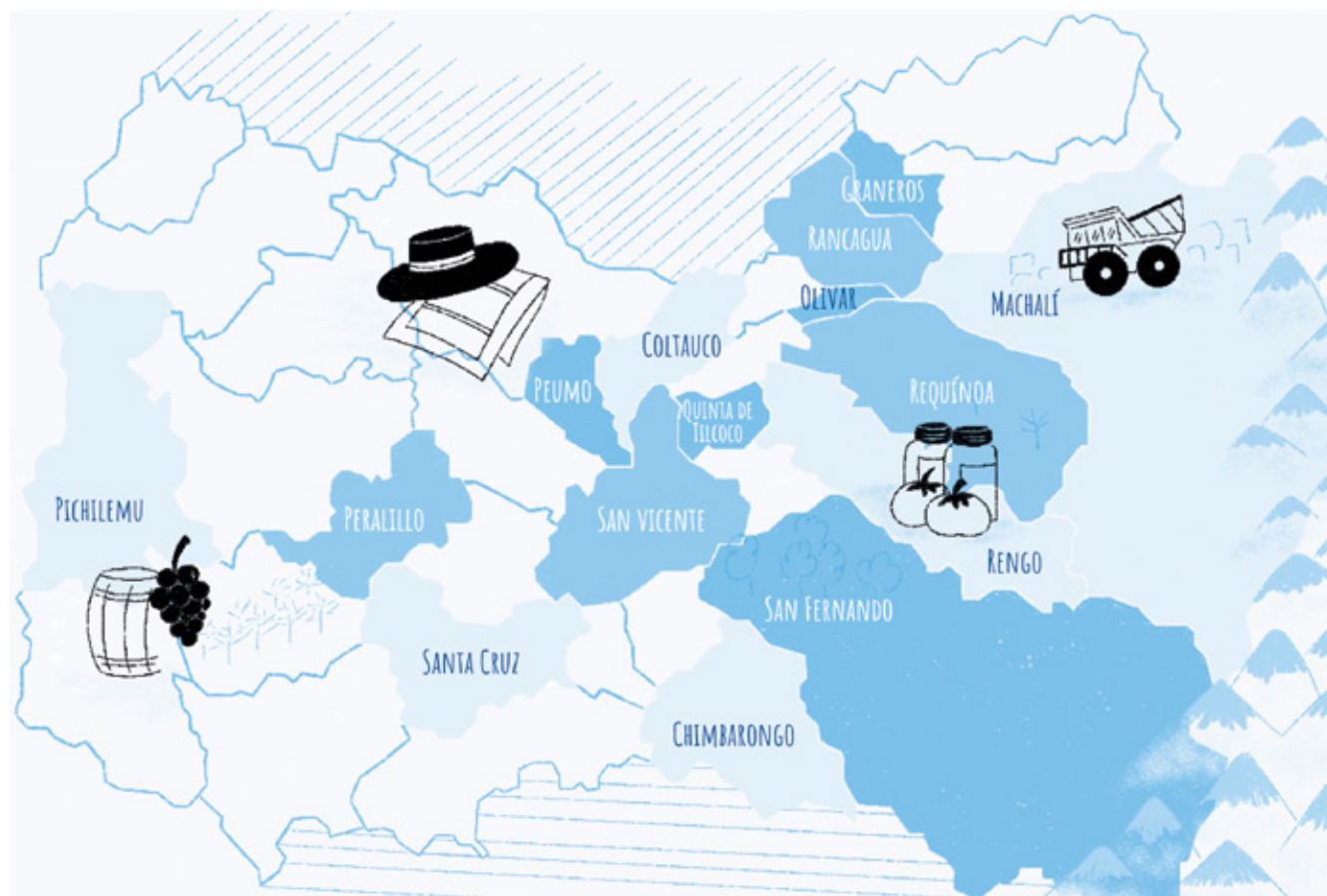
y trabajadores que día a día hacen posible la alimentación. Desde mediados de los años noventa, en Chile, cerca de 850 mil personas trabajaban en el sector silvoagropecuario de forma directa durante la temporada de mayores labores, representando el 11% de la fuerza laboral al 2019. Desde la pandemia, esta cifra llegó a 600 mil personas, siendo un 8% del empleo nacional y destacando en las regiones del Maule (21%), Ñuble (20%), O'Higgins (19%) y La Araucanía (15%).

Respecto del empleo agrícola, es principalmente asalariado, un 73%, mientras que los trabajadores por cuenta propia representan un 22%, correspondiente esencialmente a la agricultura familiar campesina. En cuanto a la participación de las mujeres, esta es aún baja, con un promedio de 24% del empleo. Lo que ha aumentado considerablemente es la participación de los extranjeros, pasando de 0,78% en 2015 a 6,5% en 2022, lo que evidencia la necesidad de contar con una institucionalidad y reglamentación que, al igual que otros países con agricultura de temporada, logre proteger a quienes trabajan en el campo y facilite la movilidad laboral y el desarrollo del sector.

El dinámico crecimiento de las exportaciones chilenas, gracias a los más de 30 tratados comerciales vigentes, ha permitido a la agricultura nacional diversificar su producción, agregando valor

y haciendo eficiente el consumo de recursos naturales, especialmente del agua, aprovechando las condiciones de cada territorio e incorporando mayor tecnología. Gracias a esto, el ingreso promedio del empleo en la agricultura ha crecido un 2,3% real anual entre 1998 y 2017, siendo los asalariados los principales beneficiados con este aumento al captar una parte creciente de los ingresos totales, mejorando así su distribución a una mayor tasa que la economía nacional.

Si bien el sector se ha transformado con el correr de los tiempos, es necesaria una mayor velocidad de adaptación de cara a los desafíos futuros, como es el aumento de un 20% de la demanda por alimentos saludables, inocuos y producidos de forma sustentable al 2030. A este respecto, vale destacar al menos tres iniciativas público-privadas que se han promovido los últimos años y que tienen una mirada más integral. La primera de ellas es la Mesa de Empleo Agrícola, que incluye la educación y la capacitación, y que busca acompañar los cambios que en materia laboral requiere el sector. La segunda se enmarca en el impulso que dio el Ministerio de Agricultura para mejorar la comprensión del entorno en que se desarrolla la actividad, reconfigurando en 2018 la estrategia sectorial e incluyendo el desarrollo rural y la sustentabilidad como ejes centrales de su gestión, al



promulgar la Política Nacional de Desarrollo Rural y la Estrategia de Sustentabilidad del Sector Silvoagropecuario. Y, por último, con los 12 servicios del Minagri y sus 16 secretarías regionales, se dio inicio al trabajo en una hoja de ruta del Agro 4.0, para una gestión más eficiente, mejorar la calidad, reducir costos y proteger el medio ambiente, a través del uso de las tecnologías, incorporando inteligencia artificial, agricultura de precisión, *big data*, *data analytics*, sensores IoT y robótica, entre otras, e incorporar a quienes trabajan en el campo en estas transformaciones

Una nueva mirada es clave y existen todas las condiciones para llevarla adelante. Los diagnósticos y caminos para fortalecer la seguridad alimentaria, mejorar la calidad de vida de las personas y enfrentar el cambio climático son compartidos, y en esto la colaboración internacional y de actores públicos, privados y la sociedad civil es fundamental: Solo así podremos avanzar sin dejar a nadie atrás. [®]